

«Apelo al César.» decía el griego ó el ibero, y acudía á Roma, como acude el árabe á París. Sucedia á veces que el Emperador estaba de buen humor; que la pluma de pavo le habia halagado convenientemente y que estaba algo desembarazado de las lampreas ó de las ostras del lago Lucrino que estaba digiriendo desde el día ántes. Desde la eminencia de su tribunal escuchaba al querellante y mandaba que se le hiciera justicia. Claudio, que en su interior no sentía gran simpatía que digamos, para Mesalina, era aficionado á dar esta clase de audiencias y dictaba fallos llenos de sabiduría.

El oprimido no puede dar ahora con un hombre cualquiera á quien hablarle; no sale de una hilera de papelotes y reglamentos. Desde lo más alto á lo más bajo en la escalera oficial se ha convenido en decir que todo es perfecto, todos los abusos se apuntalan, todas las iniquidades se solidifican. Se mira como atentado, excentricidad, locura, el acto del que se queja. Un paso que se dé de este género despiersta siempre un movimiento de lástima hasta el día en que un enorme pedazo de barro coagulado se desprenda súbitamente aplastando á un Presidente de República, á su yerno, dos generales, cubriendo de porquerías á un procurador general, salpicando con ellas las togas de magistrados...

Compréndese la especie de desagregacion operada en el partido conservador. Son dignos de lástima los candorosos y abnegados que han tomado en serio los llamamientos á la cruzada, los viejos que han visto deshojarse todas sus ilusiones, que han comprendido que habian sacrificado inútilmente su existencia. Nada han perdido los jefes; han conservado su situacion mundana; pero los modestos, los magistrados dimisionarios, los curas sin paga, los periodistas sin periódicos han cargado con el muerto.

Todo se ha derrumbado, mejor dicho, todo ha terminado como una mala farsa. Se ha apagado repentinamente el gas, mientras que espectadores convencidos esperaban, con tanta boca abierta, que se levantara el telon, y los cándidos de los gallineros han tenido que salir á tientas. Los que tenían un escondrijo han vuelto á él cojeando y nadie se acordó de los *minus habentes* que no sabian dónde ir.

El conde de Chambord no se ha acordado absolutamente de los escritores que de cuarenta años acá defendian su causa en oscuros periódicos de provincia (1). La condesa de Chambord, Señora, como se la llamaba solemnemente, no ha legado siquiera á las obras francesas lo que el pueblo llamaría «un suspiro de su corazón.» Esta princesa, á quien nos representaban con la aureola, atenta á las miserias de los franceses, ha sido ménos generosa que la señora Boucicault. He leído en el *Matin* que un opulento banquero judío iba á arrendar los cotos del castillo de Chambord; si no es un hecho, lo será...

Habláronme de un viejo legitimista que llevaba cuarenta años de periodismo y que habia durante mucho tiempo redactado uno de los periódicos monárquicos más leídos de provincias. Veíase reducido á amontonar hechos diversos y ocuparse en tontadas en un periodiquillo con el cual antiguamente habia roto lanzas á favor del rey. Parece que no le iria muy bien el negocio en la ciudad, porque el digno hombre no era feliz...

(1) Despues de haber cerrado su maleta, el pobre principe imperial, que nada tenia, pasó su última noche en Chilhurst redactando un testamento para preservar de la miseria á aquellos de sus parientes que él sabia eran pobres. El conde de Chambord, á quien nos pintaban como dispuesto siempre á cualquier acto decisivo, no tuvo la tierna y viril prevision de ese jóven de veinte años; ni una sola vez se recogió en los últimos años de su vida ante la idea de una catástrofe posible; nunca se dijo: «Quiero que mi testamento sea digno de un rey de Francia y que todos los que me han amado y servido encuentren en él su nombre.»

Además, todo se ha transformado de algunos años acá. La tierra de Francia ha producido mucho tiempo excelentes personas y eran almas hermosas los antiguos legitimistas de provincia, quiméricos, llenos de ilusiones, pero con el corazón en la mano, dadivosos, que vivían sin ostentación para ayudar á la propaganda sin interés personal. El orleanista rico es más avaro, sabe contar, y, cuando subvenciona un periódico, es preciso apretar á favor de la candidatura. El orleanista que no tiene candidatura que sostener ni siquiera se suscribe, de vez en cuando va á ver las pruebas del periódico en el despacho del director, y le dice: «Querido, esto va muy bien, os leo en el círculo.—Demontre, dice el periodista, si todos me leyeran en el círculo, como no hay más que tres círculos en la ciudad, sólo tendría que tirar tres ejemplares.»

En vez de utilizar la abnegación de jóvenes que en provincias, se indignan de su inacción, que no pedirían sino hacer guerra implacable á la República, los monárquicos emplean á personas como Meyer quien, ántes de escribir una línea, está obligado á adular á todos, en circuito, amontonar los «distinguidos, los simpáticos, los eminentes cofrades» para que no se le eche al rostro una injuria muy á mano.

Bien reflexionado, los jefes de los grupos conservadores no ven más que á sí mismos; la satisfacción de su vanidad, la celebración de sus virtudes, la descripción de su casa. El duque de la Rochefoucauld-Doudeauville es, según tengo ya dicho, un hombre muy estimable, pero una cabeza vacía, una de aquellas figuras que se exponen en los escaparates de peluqueros. Es preciso que lea continuamente en el *Gaulois* la relación de todo lo que hace y cuanto no hace... Ha restaurado Bonnetable; hay allí sesenta caballos en las caballerizas, el castillo contiene cincuenta aposentos destinados á

los invitados; estos aposentos no dejan nada que desear en el punto de vista de la comodidad; en cada uno de ellos hay un lavabo y jabón...

Oigamos al duque interrogando á Meyer:

—Está muy bien lo que decís de mí; pero ¿qué decís de la duquesa?

—¡La duquesa! digo sencillamente que es una santa...

Está bien.... lo es efectivamente.

Muchos diputados conservadores son hombres de valor.

Muy pocos tienen el entendimiento vasto y generalizador, pero algunos son muy competentes en ciertos puntos, en ciertas cuestiones. Son los primeros en certificar la indigencia intelectual de los que ellos escogieron por jefes; se espantan por esta situación, notando los relámpagos siniestros que surcan el horizonte en todas partes, pero no se atreven á tomar la iniciativa, y, sobre todo, continúan fieles al más arraigado de sus principios; el de no imponerse ningún sacrificio por su causa.....

La falta de toda organización, el deseo dominante en todos de no adelantarse, de no comprometerse, entregan naturalmente los Católicos á la merced del primer forbante á quien convenga atacarles. Un judío no debe hacer más que dar una palmada y los Católicos huyen azorados, como una bandada de pájaros sorprendidos en un jardín.

Cierto que periódicos como el *Univers*, que están siempre firmes en su puesto, devuelven poco á poco la calma á los ánimos y vuelven á traer con bastante rapidez á los fugitivos, pero el efecto producido es deplorable; á la menor alarma, no encontrareis sino católicos desbandados lanzando gemidos y gritando: «¡Ah! ¡Dios mío! ¿es posible?»

No sucedería esto si los católicos tuvieran, fuera de los periódicos religiosos mantenidos en cierta reserva que se

comprende, una prensa jóven, de vanguardia, que, desde que los judíos comenzaron á organizar una campaña contra los Hermanos ó las Hermanas de caridad, cayera con ímpetu sobre la canalla judío republicana, refiriera las vergüenzas interiores de los diputados de la izquierda, las costumbres de las princesas de la Judería que se casan con negociantes de caballos, que casan á sus hijas con sus queridos. En efecto, el periódico tiene una libertad que no tiene el libro; para ser espantoso no debiera hacer más que apuntar las conversaciones que se tienen en los pasillos del Palacio Borbon ó las frases que circulan libremente desde Rond-point de los Campos Eliseos, al Pabellon chino.

Ni siquiera piensan los católicos en contestar. Para espantar á todos los hombres que representan la Francia en lo que tiene de mejor, basta un sucio judío de Colonia despreciado de todos, deshonorado, innoble, que arregla un negocio de Citeaux como lanzaria una operación agusanada. Este amigo de Clemenceau que, segun tengo entendido, le sirvió tambien de testigo en una parodia de duelo, ha sido convicto de *chantage* en plena Cámara (1), condenado por un tribunal, cuando habia jueces, por haber mentido á sabiendas recomendando una empresa que él sabia era una trampa; ha enviado á una prima de Bertin versos injuriosos para Francia; que se han reproducido, y, despues de haber él dado su palabra de honor de que no habia escrito estos versos, se le ha echado á los bigotes su autógrafo.

Dicho en una palabra, es el modelo de los maestros cantores celebrados por Jouy.

(1) *Chantage*.—Delito por el cual se coloca á una persona en el dilema de dar dinero á de ser difamada de palabra ó por escrito. Suele castigarse con una multa pequeña y algunos días de cárcel. (N. del T.)

*Maitres chanteurs, guidés sur les chemins,
Par la lueur de ma louche Lanterne.
Puissez sans peur, puisiez à pleines mains,
Chez les gogos que mon journal consterne.
Gros financiers, chantez en chœur!*

En la *France juive* he bosquejado, á grandes rasgos, esta vida en que el lodo se mezcla con la sangre y no me explico que todas las veces que ese camastron tudesco se permite insultar á un sacerdote francés no se pongan de acuerdo todos los periódicos conservadores para pedir, al fin, á los tribunales la inhumacion de Rappaport.

No puede creerse que no se haya hecho alguna autopsia y que el desgraciado Rappaport haya sido llevado al cementerio clandestinamente, acompañado solo de un rabino.

Es verdad que Mayer ha asegurado constantemente en la *Lanterne* que Rappaport queria vender á su hija y que la habia asesinado porque se negaba ella á dejarse vender, pero debe observarse que el director de la *Lanterne* podia despacharse á su gusto porque Rappaport habia muerto.

Cuando este vivia, y frecuentaba todas las casas de juego y círculos de París, referia, al contrario, á quien queria oírle, que la Señora Rappaport era quien queria explotar á su hija, y cuando uno se maravillaba por verle llegar con aquella niña en sitios á donde no van generalmente las jóvenes, explicaba que la llevaba consigo por temor de que se la quitaran estando él fuera.

Parece que los tribunales fueron de esta opinion, porque, contra la costumbre que quiere que la hija se quede con la madre, habian quitado la custodia de la señorita Rappaport á su madre que vivia licenciosamente, para confiarla á su padre que, sin ser modelo de virtud, parecia presentar más garantias morales.

Es evidente que el padre no se suicidó, como se dijo,

sino que fué asesinado. El último grito que lanzó la jóven cuando apareció desmelenada en una ventana que daba al patio, en la casa de la calle de Richelieu, fué: «¡Socorro! Asesinan á mi padre!» Este grito parece probar que su padre no la habia asesinado; la misma debió ser cogida por detrás, arrancada por fuerza de la ventana y herida por un malhechor que fuera fácil hallar: *Hic fecit cui prodest.*

En todo caso los Radicales, que tan vivo cuidado tienen por la moral pública, debieran unir sus esfuerzos á los míos para pedir que se exhume á Rappaport y á su hija, que se manden comparecer testigos y que se comience otra vez formalmente la informacion que tan pronto se dió por terminada tiempo atrás.

El hombre enredado en estas ignominias rompe en unos pocos días la obra de santos religiosos. El comité boulangista le habia entregado 113,000 francos para pagar sus artículos á favor del general; parecióle que no bastaban; con el desparpajo que le caracteriza, pone al general á sueldo, como un objeto deslucido, y lo endosa á Arturo Meyer, quien grita inmediatamente: «¡Abramos brecha!» y declara, en nombre del partido monárquico, que Boulanger era la única esperanza de la Francia.

Para admitir otra vez al redil á Eugenio Mayer, quisieron naturalmente los Radicales echar el bodegon por la ventana, y se le preguntó qué deseaba: «Mi venta bajará, respondió el camastron, dejadme organizar un escándalo clerical.»

Todo el personal de la Seguridad estuvo á la disposición del director de la *Lanterne* y adivinase cómo iria todo. Ya conocéis á los hombres que manejan los fondos secretos. Uno de ellos es un hebreo avaro inventor del papelito encontrado en wagon, y que, segun los mismos republicanos, organiza expediciones de descerrajadores de puertas en In-

laterra, hace acogotar por matones á los escritores que le molestan; el otro es un ladrón de cartas.... Imagináos los escrúpulos que podrán sentir semejantes pilluelos.

No ignorais lo que era lo de los internos de la colonia penitenciaria de Citeaux: un monton de precoces malhechores enviados allá, sea después de una sentencia, sea en virtud de la voluntad paternal, manchados, tempranamente, en su mayor parte, por todos los libertinajes, iniciados desde la más tierna edad, en todos los vicios, muestras de todas las perversidades, hez de todas las corrupciones de ciudades populosas. Júzguese si seria fácil hallar, entre los más gangrenados, bribones muy satisfechos de perjudicar á sus dueños, mintiendo hasta por el gusto de mentir, gozosos por hallar ocasiones de decir suciedades.

Todo lo arrastró la inmundicia. A Citeaux siguió Brignais. Era Brignais una colonia penitenciaria que admiraba á cuantos la visitaban, «un palacio penitenciario» dice el inspector general Nivelles, que mil veces habia tributado homenaje á las maravillas realizadas allí por los religiosos de san José.

Tuvo á lo menos el valor de no sonrojarse por decir la verdad y escribió al ministro del Interior:

Quizás se os diga, señor ministro, que yo soy un clerical endurecido citándoos Brignais y Citeaux como colonias modelos.

Puede darse este informe; contamos en Francia tantas personas que aclaman muy alto la República y que no son más que desechos; tantas personas débiles, miedosas, pequeñas, que temen comprometerse diciendo lo que piensan, que no puedo asombrarme de una insinuacion que, en definitiva, es una señal de la *simpleza* que se infiltra en el espíritu francés.

En cuanto á mí, tomo el bien donde se encuentra, porque el bien es raro, muy raro. Aplaudo el bien sin preguntarle por su procedencia.

Siempre he considerado como la primera prerogativa de un ciudadano francés la de decir lo que piensa.

Yo cumplo doblemente mi deber, señor ministro, usando ampliamente con vos esta bella prerogativa del hombre libre. Acabais de honrarme con vuestra confianza, y os doy las gracias por ello diciéndoos la verdad, sin temor de veros darle una interpretacion que le sea desfavorable.

No temo, por otra parte, las insinuaciones pérfidas de los débiles y simplones que se atreviesen á atacarme; porque un soplo de verdad les despojaría pronto de los oropeles que les cubren para presentarlos tales cuales son ignorantes desde luego, y sobre todo incapaces de servir á la República.

Diguaos recibir.

Firmado: el inspector general en comision especial,
NIVELLE.

¡No importa! Floquet tiene miedo y manda suprimir la colonia.

El sábado, 14 de julio, enviaba el siguiente telegrama, desde París, al prefecto del Ródano:

«Me apremia la comision de la Cámara que pide la supresion de la colonia de Brignais. Dadme vuestro parecer.»

La prefectura del Ródano contestó á Floquet con una carta laudatoria para la colonia, contra la cual no podia formularse ninguna queja.

La carta salia el lunes por la mañana, 16 de julio, y el lunes, por la tarde Floquet telegrafaba al prefecto que licenciara desde luego.

Quedaba destruida la obra á la que el P. Bancillon habia consagrado su vida: los muchachos de Brignais eran trasladados á una cárcel de Lyon; los de Citeaux huian, vagando por los caminos.

Poco á poco, sin embargo, tapándose las narices, comenzó á mirar entre las basuras de la *Lanterne*; y descubriéronse en las mismas algunos excrementos judíos. El *Nowelliste* de Lyon hizo, no me atrevo á decir una brillan-

te campaña, porque no fuera exacta la palabra, tratándose de cosas infectas, sino una obra de salubridad pública á la que se le unieron algunos periódicos parisienses.

Súpose que uno de los acusadores de los Hermanos de Citeaux era el sobrino de un diputado del Ródano cuyo testimonio merecia crédito á buen seguro.

Este fulano nos dice el *O' sreatcur français*, de edad veinticinco años, fué llevado á la edad de quince años ante el Tribunal por robo. Absuelto por haber obrado sin discernimiento, decidió la autoridad judicial colocarle en una casa de correccion hasta los veinte años. Entraba pues, en Citeaux el 31 de diciembre de 1878.

En la colonia fué imposible emplearle en los talleres que él transformaba en gabinete de *comodidades*.

En 1883, época de su liberacion, no se le pudo devolver á su familia cuyo domicilio no pudo descubrirse; acabóse por saber la direccion de su madre inscrita en el registro de la policia de las costumbres.

A fin de sustraerlo de los amigos de su madre, se le guardó en Citeaux hasta mayo 18-6.

Los supuestos actos de brutalidad se reducian á una correccion merecida impuesta á ese foragido por un vigilante: un dia que, á pesar de las observaciones de sus camaradas, insistia en satisfacer sus necesidades en el taller, se le metió de narices en sus propios excrementos.

Además, todos se pusieron á visitar las letrinas. El juez de paz de Nuits, ciudad por otra parte indicada para semejante trabajo, interrogó á los niños y hé aqui cómo uno de los pilluelos interrogados daba cuenta á su padre del interrogatorio:

Hace unos ocho dias fui citado ante el juez de paz.

El motivo era para un auxiliar de Citeaux de quien no debiera haberse sospechado jamás.

Despues de varias preguntas acerca de los antecedentes de

ese buen hombre, y despues de haberle dicho que yo nada sabia dijo al escribano:

—Escribid: "*Il ne sache pas*," (paseándose en el aposento.)
Il ne sache pas... esto no es buen francés: il ne sache pas...

En fin, despues de cinco minutos, viendo que todas sus investigaciones eran inútiles, yo le dije: "*¡Il ne sait pas!*," (No sabe.)

—*¡Ah si, esto es; escribano, escribid: il ne sait pas.*

El niño continuó:

Debo deciros que estoy en la enfermería desde algun tiempo por un abceso. Yo habia ido á los excusados (hay dos), un vigilante que estaba en el del lado sale dos ó tres minutos antes que yo. Yo salgo despues. El juez de paz, que se paseaba de uno á otro extremo del corredor, me llama y me dice:

—¿Quién es aquel hombre que acaba de salir de los excusados?

—Como yo no le habia visto, le contesté que no lo sabia.

—Pero debes saberlo.

—¿Cómo saberlo?

—Es que estaba contigo en los excusados.

—No, señor; además, si quereis acercaros vereis que hay dos excusados.

Se acerca, mira y dice: Está bien.

Aquella misma tarde me mandó comparecer otra vez.

De pronto, me pregunta cómo se hacia el vestuario; le contesto, y me pregunta.

—Cuando os cambiáis el traje, el pantalon, ¿os cambiáis delante de la Hermana?

—No, señor, hay un anden y nos ponemos detrás.

—¿Y no mira la Hermana, para ver lo que haceis?

—No, señor, ¿Cómo podria mirar, si os digo que hay un anden y nos ponemos detrás? por otra parte, si quereis verlo, os acompañaré al vestuario y vereis lo que quereis saber.

—¡Oh! no; no vale la pena, ya me figuro como está... ahora, ¿No habeis estado nunca en el dormitorio de las Hermanas?

—Estuve en un dormitorio que estaba guardado por las Hermanas, cuando yo estaba en el asilo.

—Pero, ¿nunca visteis acostarse las Hermanas en su dormitorio?

—¡Oh! no señor, nadie va á ver donde duermen las Hermanas.

—Está bien; podeis retiraros.

Me ha parecido esto tan repugnante, añade el muchacho, que he querido escribirtelo, etc., etc.

Tu hijo, J. P....

«Hemos creido útil, dice el *Observateur français*, que cita esta carta, no cambiar nada de este documento, á pesar de ciertos pormenores asquerosos. Pero era necesario que la opinion pública pudiera apreciar los actos de los auxiliares del señor guarda sellos Ferrouillat.»

Comprendo esto perfectamente. Tened por cierto que no recrea escribir este capitulo, y muy á menudo, deja uno caer la pluma de la mano disgustado y se asoma á la ventana para ver algo verde en el extremo del horizonte y de azul celeste, pero es indispensable que se escriba el capitulo cueste lo que costare. Esta nota inmundada debe figurar en un libro de historia contemporánea; debo pintar la República tal cual es: excrementicia. He presentado al rey del día, Messire Luc, amo de los librereros y sacando de las estaciones las obras honradas; debo mostrarlo tomando posesion de la tribuna francesa como triunfador, esperando que entre como vencedor en la Academia.

Pleraque, dice Tácito, *eorum quæ retuli quæque referam parva forsitan el levia memoratu videri, non nescius sum; sed nemo Annales nostros cum scriptura eorum contenderit qui veteres populi romani res composuere.*

«No ignoro que la mayoría de los hechos que he referido ó que referiré aún parecerán muy pequeños, muy indignos de memoria, pero nadie se atreveria á comparar los libros que pintan la historia actual con los que pintan las hazañas del pueblo romano de la antigüedad.»

Oprimamos lo mismo: preferiríamos referir algun noble

episodio de nuestros hermosos anales de antaño y no tener que mostrar la página maculada de materia fecal que los Radicales han añadido á tantas páginas gloriosas, pero, si faltase esta página, no sería completa nuestra pintura de la gente política.

¿Qué hacerle? es ley, al parecer; las naciones siguen la misma evolución que los seres y la infancia senil de un pueblo se ensucia como la primera infancia del hombre.

En efecto, esas basuras no han quedado enterradas en las columnas de un inmundo periódico judío; la izquierda radical, á fin de deshonrar algo más á Francia, ha querido llevar esta jarra al Parlamento, y hemos tenido lo que un diplomático extranjero, que me pedía noticias acerca del particular, llamaba: «La sesión de los anos.»

El 12 de julio de 1888, la Montaña parecía estar agitada. Todos se preguntaban si iba á salir de aquellas alturas, como en los días trágicos del 93, alguna insolente respuesta á las provocaciones de Europa, alguna proposición pidiendo una medida suprema por la salvación de la Patria.

Descendió un diputado de aquella Montaña. El hombre que nos ha dado á conocer un animoso periódico: la *Burgog* ne: tiene ojos de gato solapado y gris, voz apagada que se creería salida del sepulcro, una especie de cinturón de flanela alrededor del cuello, tísico en último grado, medio muerto físicamente, podrido del todo moralmente. Prefecto de Auxerre pasaba su vida vagabundeando en el boulevard en París; diputado, se apoya en un estado mayor de hombres deshonrados, divorciados y más ó menos quebrados.

Este era el legislador que se había encargado de reclamar, «en nombre de la moral pública» la supresión de todas las congregaciones con motivo de los supuestos escándalos de Cîteaux.

No olvideis que se pedía á la Cámara que atentara contra los derechos de 60,000 ciudadanos franceses con motivo de hechos cuyo comienzo aún no se conocía, acerca de los cuales solo se tenía la afirmación de un judío de Colonia convencido públicamente de chantaje.

El único punto que parecía casi demostrado, es que un antiguo condenado por robo, corresponsal de Mayer y sobrino de un diputado, había hecho sus necesidades corporales en un rincón del taller donde trabajaba y que se le había impuesto corrección por ese desacato. Ya supongo yo que no se será muy mogigato que digamos en casa de Mayer; no obstante, si alguno se bajara los pantalones para desahogar su vientre en un ángulo de aquel salón hebraico, creo que parecería haberse excedido una miaja....

Mgr. Freppel estuvo muy acertado en esta discusión, refutó á René Laffon de lo lindo, probándole con la estadística en la mano, que la criminalidad era mucho mayor entre los maestros laicos que entre los congregacionistas (1).

(1) Hé aquí las cifras:

Años.	Laicos.	Congreg.
1867	23	2
1868	21	4
1869	19	6
1870	»	»
1871	»	»
1872	16	4
1873	19	6
1874	18	5
1875	18	7
1876	26	5
1877	23	3
1878	26	11
1879	22	5
1880	21	8
1881	16	6
	268	72

M. Pablo de Cassagnac fué muy aplaudido gritando á Sabatier que se entretenia y extendia agradablemente en estas ignominias: «Apresuráos; precisa ya salir de esas porquerias.»

M. Dugué de la Fauconnerie que, aquel día, estaba de guasa gritó con mucha razon: «Cuando uno piensa que el país nos paga 25 francos diarios para tener semejantes sesiones, verdaderamente que no se acuerda de su dinero.» (1)

De entre 73,906 laicos, 268 condenados forman una proporción de 33 por 10,000 en 13 años.

De entre 49,745 congregacionistas, 72 condenados forman una proporción de 13 por 10,000 en 13 años.—Cerca de 1 cada año por 10,000.

Tomo, dice Mgr. Freppel, la cifra de los profesores y maestros ya laicos ya congregacionistas, tal como se ha facilitado por las memorias de Instrucción pública publicadas en el *Diario oficial* desde el 15 de setiembre y 19 diciembre de 1879.

(1) Para ver distintamente la situación actual, debe mirarse el contra-registro. Todos los periódicos nos han dado el empleo del tiempo del Emperador Guillermo el mismo día en que la Cámara francesa discutía «la interpelación de los años.»

«A las cuatro y media de la mañana, salía el Emperador del palacio de Potsdam en traje de diario, y seguido de su edecan de servicio, fué al galope al cuartel de los húsares de la guardia, hizo dar la voz de alerta y mandó que todo el regimiento, en traje de campaña, se dirigiera al campo de Bornfeldt. Había partido ya un escuadrón para el ejercicio, y se mandó llamarle.

»Durante aquel tiempo, el emperador iba, siempre á galope, al cuartel de los cazadores de la guardia, al de los guardias de corps, al batallón de infantería de instrucción, y finalmente al cuerpo de guardia del castillo. En todas partes mandó ponerse en marcha. Continuó despues su camino, fué á despertar el primer regimiento de la guardia y dió una reprimenda formidable al cuerpo de guardia de la puerta de Brandeburgo porque en ella no había tambor.

»Mandó arrestar al coronel. Cuando, siempre al galope y ante los pocos transeúntes que no comprendían nada del paseo del soberano, mandó dar el toque de botasilla en los cuarteles de los hulanos, fué á apostarse en la entrada del campo de Bornfeldt, para esperar, reloj en mano, la llegada de las tropas. Y mientras él se impacientaba, ocurrían en la ciudad las más asombrosas escenas: los oficiales que no estaban de servicio no se encontraban en sus casas; muchos de ellos estaban en Berlín, y no se sabía cómo organizar las columnas de marcha. En fin, á eso de las 7, las tropas se pusieron de cualquier modo en movimiento, y, á las dos horas y media de la señal de marcha, la guarnición estaba reunida.

A esta sesión le faltó un buen mozo, un antiguo militar que mezclara la broma de cuartel á las pornografías parlamentarias y subiera á la tribuna para decir gravemente: «Esta cuestión es de las más importantes efectivamente y comprendo que haya cautivado la atención de la Cámara tanto tiempo, es necesario á toda costa llegar á la verdad. Pido que M. René Laffont y los firmantes de su proposición vayan á meter su nariz en los sitios sospechosos á fin de que podamos fallar con conocimiento de causa.»

Así debe tratarse á esta clase de personas. De otra manera, se aprovechan de vuestra buena educación, del respeto que teneis para los demás y para vosotros mismos para deshonorar cuanto es honesto.....

¡Qué hermosas contra-interpelaciones pudieran hacerse! ¿Por qué no se ha de pedir la supresión de los liceos de muchachas, donde el único ejercicio que se practica á fondo es el salto de Leucade inmortalizado por Safo?

¡Qué elementos para un chistoso discurso no hay en ese artículo del *Clairon du Lot* jamás desmentido y que nos inicia en las costumbres de la Escuela superior de muchachas del Saint-Céré (Lot)!

1.º ¿Es verdad.

2.º ¿Es verdad que, durante varias noches, los gendarmes han estado obligados á montar la guardia en los alrededores de la Escuela superior de muchachas? ¿Era acaso para dete-

Mientras tanto, por teléfono, se había dado órden á la guarnición de Spandau que se pusiera en camino, y, hasta las siete y media de la tarde, las dos guarniciones maniobraron á las órdenes de Guillermo, que estuvo catorce horas á caballo.»

Confesad que esto es más propio y más tranquilizador sobre todo para una nación, que no el discutir cuanto alcanza la vista acerca de lo que pudo ocurrir en cuartos excusados.